

conferencias, sobre todo si son conferencias internacionales.» Y el hombre bonachonamente sonreía. Alguien habría de escribir sobre los Coros y Danzas, precisamente en Río de Janeiro, y veinticuatro horas después: «Los volantes de las faldas de estas chicas hacen por España más que los bordados de las casacas diplomáticas.

Me gustaba mirar a la gente y no al escenario. En las caras del público veía el cambio de un paso, la satisfacción ante un trenzado difícil, la amplia sonrisa victoriosa cuando en «El ahorcado de Sorzano» las riojanas salían con bien del complicado pañuelo. La verdad es que he tenido la suerte de contemplar a los Coros y Danzas en muchos teatros y a los once grupos de aquella expedición en bastantes ocasiones; sin embargo, nunca las vi bailar como en la noche de su debut en Río. Abrumadas por el calor tropical, al que se sumaban las faldas y los volantes, los abalorios y los refajos, las chicas danzaron como si toda la sangre hispánica se les hubiese bajado a los pies. Cada baile se clausuraba con una ovación, y era tal la seguridad que el público tenía sobre el futuro número, que las bailarinas eran recibidas como si acabasen de bailar.

Es justo destacar el tanto que se apuntó Logroño. La «redondela», un baile báquico —con moraleja y todo—, y «el ahorcado», conmovieron de un modo especial. La espadatantza de las bilbaínas, con su sabor ultramilenario, pegó fuerte, ganando incluso a los fieles del «ballet» de Montecarlo, sin duda tocados por la magia de esta danza vieja, por el ajuste maravilloso de las danzarinas, por aquellos antiguos pasos militares, religiosos, fuertes y tiernos, que son pasos de plaza, sin más escuela ni más barra fija que la del prado y el manzano. Vía libre para las canarias en el corazón carioca, y eso que ya no jugaban la ventaja de las similitudes entre la isa

y el pericón. Uno a uno, los grupos ganaron su mejor laurel en el Municipal de Río. Andalucía y Lérica. Asturias y Galicia —la pandeirada de Vigo cobraba, de repente, un son de selva—, Cáceres, con el viejo Vidal, el tamborilero flautista, que anunciaba una nueva primavera extremeña, como en el verso inmortal:

*La flauta y el tambor
anuncian ya la cruz de primavera.*

Y las mañas. Las mañas, que con Logroño lograron la preferencia de aquel público, como si en el vigor de la jota, en la gimnástica alegría de las tierras medias del Ebro, hallasen los tropicales una droga estimulante. Me parece a mí que hasta frío les daba el baile ibero; recuerdo que sudaba bajo el smoking, que me escapaba hacia las ventanas del teatro, hacia la cerveza helada, mientras que en los palcos había señoras levemente embozadas en pieles.

Tras de la serie «Municipal» vino la serie «Recreio» o popular. El «Recreio» es un curioso y destartalado esquema de teatro tropical.

Aquí triunfaron los Coros y Danzas con los castos refajos campesinos, con la dulce continencia de los bailes españoles, y hasta aquellas danzas, como las andaluzas, que llevan cierta carga de pasión, pasaron sin más subrayados que los de su gracia y su resonante alegría.

Venían las chicas de su segunda función en el teatro Municipal. A precios de gala, y a las cinco de la tarde —dos circunstancias realmente antípodas—, los Coros y Danzas de España habían conseguido llenar la graciosa sala carioca con un público heterogéneo, del que formaban parte compatriotas, negros de toda América, yanquis, ingleses, italianos, franceses y toda la fauna cosmopolita de Río.